

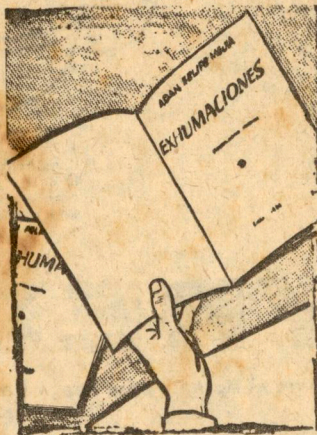
Un Gigante Inmovilizado

por Sebastián Salazar Bondy

A pesar del buen recuerdo que dejara entre los que lo conocieron y del grato sabor que de él quedara en la memoria de quienes lo leyeron en diarios y revistas, Adán Felipe Mejía, "El Corregidor", cuya obra se halla desperdigada en las colecciones ya viejas de las publicaciones periódicas de entre 1928 y 1947, no ocupa el lugar al cual su talento lo hizo merecedor. La separata de la revista "Fénix", que reunió el año pasado sus humorísticas "Exhumaciones", y la recopilación de sus crónicas de LA PRENSA, de su columna "Ayer y Hoy", que acaba de ser puesta en circulación (1), es todo lo que de la pluma de este escritor costumbrista hay al alcance del lector corriente. Las páginas, más literarias que periodísticas, de "El Corregidor" sufren el destino que, sin duda, su propio autor quiso darles, ya que la calidad natural que lo caracterizaba nunca estuvo sometida a una disciplina creadora, a un orden laborioso, a una composición exigente y continua. Adán Felipe Mejía improvisó siempre, y el carácter provisorio de sus trabajos ha sido, y es, la causa del olvido y la pérdida a que parecen estar condenados los frutos de su inspiración.

Ernesto More ha dicho lo más agudo que puede decirse de este escritor bohemio: "un gigante inmovilizado", le ha llamado. Es decir, la frustración por el desgano, la indiferencia, el ocio. Tal vez exagera More cuando afirma que de escribir novelas, para lo cual "El Corregidor" tuvo una innata disposición, habría sido nuestro Balzac. Menos hiperbólicamente, es posible a-

segurar que Mejía, de haberse sometido a un rigor autocrítico, habría podido dejar un conjunto de realizaciones literarias de extraordinaria originalidad y de particular trascendencia. Su condición gigantesca era su facultad expresiva, pero estaba inmovilizado por una despreocupación existencial que bien



puede calificarse de escepticismo por sí y por los demás. No amar el éxito es desprenderse. Al recorrer las páginas de "Exhumaciones", primero, y de "Ayer y Hoy" después, uno puede verificar con qué irresponsabilidad "El Corregidor" despilfarraba su enorme capacidad de narrador, de descriptor, de escritor plástico y sensitivo.

Los libros de cocina, como la cocina misma, son generalmente poéticos. Alfonso Reyes ha escrito un folleto maravilloso sobre los sabores de los guisos, sobre los placeres del paladar, y en Francia es arte de refinados el virtuosismo de gustar un pla-

to exquisito. En un país como el nuestro, donde la cocina es la creación cultural más constante y cuajada, hace falta el buen libro sobre esta delectación que comienza en el fogón colectivo y termina en la boca personal. Adán Felipe Mejía pudo ser, entre otras cosas, el autor de nuestra enciclopedia culinaria. Lo demuestran estas crónicas sobre "La Leche" y "El sancochado", sobre "La papa" y "Los frejoles", sobre "El maíz" y "El arroz", de las cuales es ilustrativo entresacar algunos aciertos. He aquí algunos:

"Venía en esos acogedores y plomizos porrongones de zinc, tan conocidos, entrechocándose contentos y batiéndola fuerte. Sobre carretelas que mulas rápidas halaban. Y en lo alto de las cabalgaduras, en que las clásicas lecheras criollas, puestas a mujeriegas, con sus trenzas batientes, tocadas con chambergos de toquilla faldón, disparaban su grito dominante entre los leves ruidos de la ciudad que amanecía: —¡Lecheera!

("La leche")

Y en los velorios de la época, entre llantos, quejidos y lamentos; mientras el muerto reposaba estirado con su vestido domingero en la caja de palo forrada de latón, entre cortinas negras cenefadas de plata y gruesas velas pestilonas, el fragante café, hermanado al "pisco", mantenía en vigilia a los presentes, animando la charla hasta el repunte de la aurora...

("El café")

No era la fruta presumida, como el melón amarillento de fragancia sutil, o como la rara lúcuma de seda, o como la deliciosa chirimoya, semejante a los dioses; o como la palta amantecada del chuncho Chanchamayo...

¡El plátano era humilde!

("El plátano")

Servían en los platos tendidos las tronchas del sancocho. Algo de todo. Pecho gordo, sabroso. Cogote, faldá y cola. Uno cuantos garbanzos. Un buen trozo de col lustroso de la grasa. Algo de nabo y zanahoria. Papas, yucas, camotes...

("El sancochado")

Adán Felipe Mejía es, quizá, un símbolo, como alguien lo ha

propuesto: encarnó esa displi-cencia riñente, esa jocundia tris-tona, ese espíritu remolón y sarcá-stico, superficial y brillante, del criollo, y su obra está tanto en las columnas que escribiera al paso como en los cafés don-de su voz se perdió cargada de "savoir vivre", posibilidad in-cumplida... Borrador, en ver-dad, de una creación que toda-vía se espera.

(1) "Datos biográficos y opiniones acerca de la vida y la obra de Adán Felipe Mejía y Herrera, llamado 'El Corregidor', seguidos de cató-logos de crónicas... etc. (Edición meo-gráfica), Lima, 1958.